

## EJEMPLO.

En los tres primeros siglos de la Iglesia, en los cuales estaban los fieles expuestos sin cesar á sufrir el martirio, era tan grande el fervor de los cristianos, que iban cada dia con premura á asistir á la celebracion de los misterios divinos, y á fortificar su alma, recibiendo la sagrada Eucaristía; y para lograrlo, bajaban á las Catacumbas y se encerraban en las entrañas de la tierra, pues solo así podian participar de la refeccion sagrada: y tenian un conocimiento tan perfecto de los efectos que produce la union de Jesucristo con el alma del que lo recibe dignamente, que no se creian aptos para el martirio, si no se armaban con este escudo de justicia y este yelmo de la caridad. Sabian los mártires que con las armas de Jesus vencerian á todo el infierno coligado contra ellos, y que sin ellas sucumbirian.

## PROPÓSITOS.

¡Ah! Aunque en estos tiempos no nos veamos precisados á dar la vida por la fe, porque los tiranos y perseguidores de aquella especie no existen, debiéramos vivir, como si tuviéramos que morir cada dia por Jesucristo; pues el combate á que estamos expuestos sin cesar, viviendo en medio de un mundo hipócrita, no es menos expuesto, que aquel de los primeros fieles, si quizás no es mas aleve: pues la impiedad ha tomado por armas la seducción del corazon y el alucinamiento del alma, engañando á aquel con placeres, y á esta con máximas de falsa libertad. Prometamos al Corazon de Jesus vivir uni-

dos por la fe y la caridad á la Santa Iglesia Católica, pues solo en su seno se profesa la verdadera obediencia y abnegacion, que son el fundamento de nuestra fortaleza contra nuestros enemigos espirituales.

## AFECTOS.

O Dios mio, vos aparecísteis humilde, para destruir las potestades infernales, y yo he sido altivo y soberbio, creyendo que podia salvarme amando la vanidad del mundo, y halagando la sensualidad de la carne. Dadme, Señor, aquella sabiduría que solo descende del cielo, para dirigir mis pasos al camino de la paz.

Padre nuestro, etc., como el primer dia.

## DIA XIX.

*Todo se dice como el primer dia, hasta la siguiente*

## MEDITACION.

## ANGUSTIAS DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. La vida temporal del Redentor es una série no interrumpida de portentos inefables, pues empieza por la humillacion de todo un Dios, que toma nuestra forma en las entrañas de la Virgen, continúa anonadado, viéndolo los mundanos sin gloria, y acaba en un madero. El Hijo de Dios da su último suspiro, odiado de los hombres, maldecido de la ley, condenado por la justicia de la tierra, y

deshonrado y envilecido, como el mas execrable de todos los bandidos. ¡Cuánto prodigio precede, acompañe y siga á la redención del mundo! Mas, al consumarse la pasión de Jesucristo, los milagros se suceden con tanta rapidez, que, á no haber sido obcecados por su propia malicia sus enemigos, ninguno se hubiera atrevido á poner sobre él sus manos sacrílegas, habiéndose visto caidos en tierra, al pronunciar Jesus aquellas palabras, que solo convienen al Dios de eterna majestad: «Yo soy <sup>1</sup>.»

Solo por milagro pudiera sobrevivir Jesus á la embestida de mil enemigos, que caen sobre él, mas ansiosos de sangre que los tigres, disputándose todos las primicias de las patadas con que lo hollan: solo por milagro dejó de caerse muerto, cuando, armado de manopla de acero, descargó en su rostro el siervo vil la horrenda bofetada: solo por milagro sobrevivió, y pudo recibir, sin espirar, cinco mil azotes é innumerables bofetadas. ¡Ah! ¿quién podrá indagar las grandezas de la Sabiduría eterna, que se cubre de ignominia en un patíbulo? *¿Quién oyó cosas tan horribles, como hizo en demasía la virgen de Israel* <sup>2</sup>: Pero en medio del cúmulo de portentos que acaecen, cuando el impassible padece, el inmortal espira, y se hace víctima de la muerte el que es por esencia la vida, hay uno que hubiera quedado encubierto entre los secretos divinos, si el mismo paciente no se hubiera dignado manifestarlo *en los días de su mortalidad*, ofreciendo con grande clamor y con lágrimas preces y ruegos, á *aquel que le podia salvar de muerte* <sup>3</sup>. Y es este el prodigio de no haber perdido

<sup>1</sup> Joan. cap. 18, v. 5.

<sup>2</sup> Jerem. cap. 18, v. 13.

<sup>3</sup> Hebr. cap. 5, v. 7.

la vida por la violencia de las angustias que padece su Corazon, antes que los verdugos se la arranquen en los tormentos.

Ninguna criatura puede producir esta angustia en el Corazon de Jesus, pues no tienen fuerza para turbarlo, ni todos los hombres con sus tormentos, ni todos los espíritus malignos con sus maquinaciones. Es él mismo, quien determina que su humanidad santísima se vea por algunos momentos, como privada de aquella virtud y fortaleza, que la da la naturaleza divina, con quien está sustancialmente unida, para que caigan sobre su Corazon, como una tempestad furiosa, los temores, los sobresaltos y las aficciones mas amargas, á cuyos embates se conmueva y trastorne: y para que, abandonándole las fuerzas naturales, entre en agonía de muerte, no siendo sabedor de este extremo conflicto, sino él mismo, y su Padre celestial. Y es este prodigio particularmente inefable; porque, quien produce esta agonía en Jesus, es el amor que tiene á los hombres, amor infinito, que podia en su Corazon mas, que todos los tormentos inventados por las criaturas. ¡Ah! si Jesus no exhala su espíritu entre tan mortales angustias, es porque él mismo, como Dios, sostiene su vida, para ofrecerla en el ara de la cruz.

¡O amor, ó caridad de Jesus! No le satisface el portento de pasar treinta y tres años humillado, caminando paso á paso al sacrificio; no bastan al ardor de su infinita caridad, ni el dolor de los clavos, ni los rios de sangre que ha de derramar: pues antes de que descargue sobre su cuerpo la furia de los verdugos, se apoderan de su alma la congoja y la amargura, para llorar por todos los pecadores, y lavar todas las almas con esta agua que brota de sus

ojos, y con la sangre que destila de su cuerpo moribundo, antes que llegue la hora de expiar sus culpas en el Calvario. ¡Ah, amantísimo Jesús! Verdaderamente no he pensado yo en tus angustias, cuando he querido participar de las falsas alegrías de este mundo. Dame, Señor, tu gracia para llorar amargamente mis pecados, que son la causa de tus penas, y aprovecharme de este modo del fruto de tus infinitas aflicciones.

PUNTO SEGUNDO. No pudiendo ningun agente criado mover el Corazon de Jesús á dolor y congoja, no tienen sus angustias otro principio, sino su propia voluntad, excitada por motivos superiores á todo lo visible, motivos tanto mas poderosos para atormentarlo, cuanto mas elevados son por su origen y su objeto. Es su propia razon la que lo consuela, y como es superior á la de los ángeles y los hombres juntos, no puede hallar lenitivo en sus dolores <sup>1</sup>. Jesús que deseaba con ardor indecible, que llegase el momento de sacrificarse por los hombres <sup>2</sup>, al aproximarse la hora de dar principio á la horrible escena de la pasion, recorre en su mente divina todas las tropelías que va á sufrir, y contempla que va á perder su vida, vida que dista de la nuestra, infinitamente mas, que lo que se diferencia el cielo de la tierra <sup>3</sup>.

Los hombres malos no veian en el Redentor, sino un hombre semejante á ellos mismos; pero él sabia que valia mas su vida que la de todos los hombres juntos, como que su Cuerpo sagrado habia sido for-

<sup>1</sup> Div. Thom. 3 p., q. 46, art. 6.

<sup>2</sup> Luc. cap. 12, v. 50.

<sup>3</sup> Div. Bernard. Serm. de quadrag. dieb.

mado por el Espíritu Santo, y su alma tenia, desde el punto de su creacion, una ciencia infusa, la mayor que pueda concebirse, despues de la ciencia divina que residia en su augusta persona. Además, siendo esta persona el mismo Verbo divino, hacia suyos todos los movimientos del cuerpo, todas las sensaciones del corazon y todos los pensamientos del alma, lo que da, aun á la mas insignificante accion de Jesús, un valor infinito. Y como el amor que se tiene á un objeto, es tanto mas grande, cuanto es mas extenso el conocimiento que se posee de sus perfecciones, ama Jesús su vida con amor purísimo é infinito, como que es la vida de Dios unida á la naturaleza humana.

¡Oh! ¡Qué angustioso se ve su Corazon, al pensar que no solo la ha de sacrificar, sino que lo ha de hacer entre una tempestad de tormentos, y una muchedumbre de afrentas inauditas! Es la sabiduría eterna, y lo han de reputar por un fátuo: es la santidad infinita, y ha de ser anatematizado como un sacrilego y blasfemo: es el resplandor del Padre y el candor de la eterna luz, y lo han de afean con espantos, arrastrar con una soga al cuello, y moverlo de una parte á otra á empellones y puntapiés; es la inocencia por esencia, y se le negará en el suplicio todo refrigerio, como si fuera un homicida detestado de Dios, é indigno de ser contado entre los hombres: es la fortaleza del Omnipotente, y lo han de desafiar en la cruz, diciéndole con sarcasmo, que si es Hijo de Dios, se salve á sí mismo, ya que salvó á otros. ¡Cuánto tormento! ¡Cuánto baldon! ¡Cuánta injuria! ¡Cuánta y cuán increíble crueldad!

Agolpáronse simultáneamente en el alma de Jesús estas lúgubres representaciones, y cumpliósse

entonces aquella terrible orden que diera Dios, cuando dijo: *¡Espada! Levántate contra el pastor*<sup>1</sup>: y no una, sino mil atravesaron su Corazon santísimo. Y al verse tan angustiado, bien pudo decir con el Profeta, que habia sido pobre y vivido en trabajos desde su juventud<sup>2</sup>: pero que entonces militaban contra él los terrores del cielo<sup>3</sup>, encontrándose anegado por un océano de angustias y atollado en lo profundo de las amarguras. ¡Ay! Bien se ve la congoja del Corazon mansísimo, por lo que acaece en su cuerpo<sup>4</sup>: aquella frente, mas serena que el cielo, se llena de sombras: los castísimos ojos se cubren con velo de sudor glacial recorre sus miembros trémulos y desfallecidos, y la sangre empieza á brotar por los poros: Jesus tiembla, Jesus desmaya, Jesus cae, y pegado el rostro con el suelo, entra en suprema agonía: á este extremo lo han traído las angustias de su Corazon. Pero, ¿por qué ha tendido Dios su arco, y disparado sus saetas contra su mismo Corazon? ¡Ah! Porque el hombre *levantó su mano contra el cielo, y se armó contra él*<sup>5</sup>, despreciando sus preceptos. ¿Quién no detestará la culpa? ¿Quién la cometerá, sabiendo que ha costado la vida á Jesus? O amable Redentor, héme aquí conrito y humillado por haberte ofendido: quiero morir mil veces, antes que dejaros de amar ni un solo instante.

<sup>1</sup> Zach. cap. 13, v. 7.

<sup>2</sup> Psalm. 87, v. 16.

<sup>3</sup> Job. cap. 6, v. 4.

<sup>4</sup> Div. Bern. Tract. de Pass. Dom. cap. 37.

<sup>5</sup> Job. cap. 15, v. 25.

## MÁXIMAS.

Dice el Padre de la Iglesia San Ambrosio, que los Santos no ignoraron los vicios, sino que procuraron no caer en ellos<sup>1</sup>. Por lo que, así como los justos aman á Dios con todo su corazon, con toda su alma y con todas sus fuerzas, así aborrecen la culpa de todo corazon, emplean todas sus fuerzas en huir de cometerla, y prefieren perder su vida entre horribles tormentos, antes que ofender al objeto de su amor. Testigos de esta verdad son mas de quince millones de mártires, á quienes los tiranos ofrecian honores, riquezas y placeres, si apostataban de la fe, amenazándolos con horcas, caballetes, hornos de fuego, y muerte, si no lo hacian.

## PROPÓSITOS.

¿Lo hacemos nosotros así? ¡Ah! No solo no hemos resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado, sino que hemos buscado las ocasiones, en que sabíamos que habíamos de caer. Si queremos que no nos falte la gracia divina, huyamos de aquellos lugares y de aquellas personas, que pueden ser lazo y ruina de nuestras almas. Teniendo puesta sobre nosotros una tan grande nube de testigos, dejando todo el peso de pecado que nos rodea, corramos con paciencia á la batalla, que nos espera, poniendo la vista en el autor y consumador de la fe, Jesus, que sufrió la Cruz, despreció las ignominias, y está sentado á la diestra del trono de Dios<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Lib. de S. Joseph.

<sup>2</sup> Hebr. cap. 12, vv. 1, 2.

## AFECTOS.

¡O amantísimo Jesús! Mi corazón está delante de ti; arroja de él con tu gracia las tinieblas de la culpa: inspírame un odio profundo á la iniquidad, apártame del camino que me conduzca á ella, y haz por tu misericordia que siga siempre la senda de la verdad <sup>1</sup>.

Padre nuestro, etc., como el primer día.

## DIA XX.

Todo se dirá como el primer día, hasta la siguiente

## MEDITACION.

## RECTITUD DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Hermoso y acabado en el cuerpo, perfecto y cumplido en el alma, salió el primer hombre de las manos del Criador, que lo llenó de la doctrina del entendimiento, y le dió la ciencia del espíritu, y colmó su corazón de discernimiento y prudencia, y le mostró los males y los bienes <sup>2</sup>. Era la pura bondad del Sér divino la que hizo al hombre tan hermoso, casi como los ángeles, y mas perfecto que todos los otros seres visibles, adornando su alma con la gracia santificante y la justicia original, y dotando su cuerpo con el don de la inmortalidad, para

<sup>1</sup> Div. Aug. Medit. cap. 6. <sup>2</sup> Eccli. cap. 17, vv. 5, 6.

que amase á tan magnífico bienhechor en la vida terrena, que habia de ser un tejido de delicias inocentes, y lo adorase en espíritu y verdad, conmutando despues esta vida con otra celestial, donde encontrara en la vision clara y manifiesta de Dios una dicha inexplicable.

Tanta misericordia del Criador exigia del favorecido una correspondencia sincera, un amor sin límites, y una obediencia ciega á sus preceptos; y le obligaba á esto, no solo el deber de justicia, sino el de caridad hácia sí mismo y hácia toda su descendencia: pues sabia que, si faltaba al mandato impuesto por Dios para probar su fidelidad, caia en la muerte temporal y eterna, arrastrando en su ruina á todos sus hijos. Porque era Adán el tipo original de la humanidad entera: y si él perseveraba fiel en la tentacion, conservaba la justicia y gracia en que fue constituido, ganándola para todos sus hijos con su fidelidad, ó perdiéndola con su apostasia: y no pudiendo ya entonces darles el sér natural, sin transmitirles como una herencia el pecado, la miseria, los trabajos, la muerte temporal y la eterna. Sin embargo de que el primer hombre conocia perfectísimamente todo esto, pecó vencido por su orgullo y concupiscencia, cuya satisfaccion prefirió á la gloria del Criador, á su dicha propia y á la de sus hijos.

¡Ah! Todo el linage humano junto no tuviera bastantes lágrimas, para llorar la caída de su primer padre, si Dios que es infinito en misericordias, no tuviera decretado formar un nuevo Adán, que reformara la obra deteriorada por el pecado. Es este nuevo Adán su propio Hijo, que desde la eternidad decretó contarse tambien entre los hijos del primero, tomando su naturaleza, pura, inocente, sin

mancha, segregada de los pecadores, y mas incorrupta que los cielos. Contémplese lo que sería de nosotros, si Dios no nos tuviera un amor infinito; despues de caido el primer hombre, no se halla en toda su descendencia un solo corazón puro, que pueda ser el tipo de los demás, les devuelva con su rectitud la gracia perdida, y los salve de la muerte eterna, enseñándoles á renovarse interiormente, y formar en sí mismos el hombre nuevo, que fue hecho en justicia y santidad. Pero Dios mira á su propio Hijo, que algun dia se hará hombre, y halla en él un varon segun su corazón, para que sea guia de todo su pueblo <sup>1</sup>.

¡Oh! ¡Cuánto debe el género humano al Corazon de Jesus! Ve el Eterno Padre su rectitud, y complaciéndose en ella, le dice desde la eternidad: *Poco es que seas mi siervo, tomando carne mortal, para levantar las tribus de Judá, y convertir las heces de Israel. He aquí que te he establecido para que seas luz de las naciones, y seas mi salud hasta los confines de la tierra* <sup>2</sup>. El primer Adan no habia rendido al Sér divino la debida adoracion, humillando su entendimiento al divino, y dominando los deseos torcidos de su corazón: mas Dios suscitará para sí un sacerdote fiel, que se porte conforme á su Corazon <sup>3</sup>, y por medio de su deseo de complacer á su Padre, hará que la justicia reine en los corazones, sobreabundando la gracia donde abundó el delito, y llevando á infinitos hijos á la gloria. Debiendo por tanto á la indocilidad del corazón del primer Adan la muerte, y á la rectitud

<sup>1</sup> Reg. cap. 13, v. 14.

<sup>2</sup> Isai. cap. 49, v. 6.

<sup>3</sup> Reg. 1.º cap. 2, v. 35.

del segundo la vida, ¿dudaremos en determinar á quién de los dos hemos de seguir en nuestras obras? *El corazón del sabio está en su derecha: mas el del necio en su izquierda* <sup>4</sup>. No incurramos en esta necedad: el tipo de nuestra semejanza es Jesucristo, procuremos, pues, llevar la imagen del Adan celestial, si queremos resucitar en el último dia, como el que es nuestro tipo, para vivir y reinar con él en el cielo.

PUNTO SEGUNDO. Como la rectitud de corazón consista en amar á Dios sobre todas las cosas, y desear complacerle siempre, haciendo su voluntad y buscando incesantemente su gloria, es tan necesaria en cuanto hacemos, que viene á ser aquella como la luz que nos alumbrá y nos guía, para que no erremos. Si nuestras obras provienen de un corazón sencillo y recto, son puras y agradables á Dios: mas, si falta la rectitud, aun las mismas acciones que por su naturaleza intrínseca son buenas, se vuelven malas y pecaminosas. Así Jesucristo reduce toda nuestra ciencia á aprender en la escuela de su Corazon santísimo: pues en él hallaremos esta verdad infalible que nos salva, y es, que la humildad y mansedumbre son las compañeras inseparables de la rectitud de corazón, y que solo en él se encuentran aquellas junto con la gracia y la inmortalidad: porque, si el primer Adan, por haber torcido su corazón hácia el mal, no nos comunica sino la vida corporal sujeta á miserias, el segundo, por haber sido siempre sencillo y recto, nos puede dar con abundancia una vida, que es toda celestial.

En efecto, acompaña á las obras del Redentor una

<sup>4</sup> Eccles. cap. 10, v. 2.

sencillez y rectitud tan grande y visible, que derraman un resplandor divino en los entendimientos de cuantos las ven, si exceptuamos á aquellos hombres de corazón perverso, á quienes él mismo se vió precisado á reprender, diciéndoles: *¿Cómo podeis vosotros creer, cuando recibis gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene de Dios?* <sup>1</sup> Era esta rectitud del Corazón de Jesús la que atraía á él las almas sencillas y humildes: las cuales, llenas de la gracia divina, decían que *aquel era el unguido de Dios* <sup>2</sup>, y que *jamás hombre alguno había hablado ni obrado, como él hablaba y obraba* <sup>3</sup>. Era esta rectitud la que veía su Padre divino, cuando anunciaba su futura misión, diciendo al mundo: *He aquí mi siervo, le ampararé; mi escogido, pondré sobre él mi espíritu, y él promulgará justicia á las naciones* <sup>4</sup>. Y para que todos la aprendiesen, el mismo Padre tuvo cuidado de manifestarlo al mundo, diciendo desde una nube: *Este es mi Hijo bien amado, á él habeis de oír* <sup>5</sup>.

Mas, ¿cuánto no hace Jesús para manifestar lo mucho que ama á su Padre, el celo que tiene de su gloria, y el deseo en que arde de hacer en todo su voluntad? Brotan sus labios torrentes de doctrina, y corren las turbas á oírle por millares; y unos lo aclaman por gran Profeta, y otros lo ensalzan como á Hijo de David, ignorando que era el Hijo de Dios. Mas Jesús sabe que, en cuanto Dios, es una misma cosa con su Padre, y que toda gloria es indivisiblemente propia de los dos; pero, como sabe también que es hombre, apenas abre su boca para en-

<sup>1</sup> Joan. cap. 5, v. 44.

<sup>3</sup> Ibid. v. 46.

<sup>5</sup> Luc. cap. 9, v. 35.

<sup>2</sup> Joan. cap. 7, v. 40.

<sup>4</sup> Isai. cap. 42, v. 1.

señar al pueblo, sin que le haga saber que la *doctrina que les predica, no es suya, sino del que lo envió* <sup>1</sup>, y que ha bajado del cielo, no para hacer su voluntad, sino la del Padre <sup>2</sup>. Ha recibido de éste el mandato de morir en una cruz, y á pesar de que la naturaleza humana rehuye los tormentos, *no se hizo placer á sí mismo*, sufriendolo todo por complacer al Padre <sup>3</sup>.

¡Oh! ¡Cuán recto es el Corazón de Jesús en presencia de su Padre, y cómo se puede ver esta rectitud en cuantos pasos da, desde el trono de su gloria, de donde baja por hacerse hombre, hasta el trono de su ignominia, á donde sube por salvar al hombre! Entre tanto, ¡ó Dios mio! ¿son nuestros corazones tan rectos como el de nuestro Redentor? ¿Hemos depuesto los vicios, desnudándonos del hombre viejo y vistiéndonos del nuevo, *que se renueva segun la imagen de aquel que lo crió?* <sup>4</sup> En las mismas obras buenas que hacemos, ¿no nos buscamos á nosotros mismos, dejando insinuarse un deseo de merecer la estimación humana? ¡Ah! no nos engañemos miserablemente: si hemos llevado en nuestras obras de orgullo y concupiscencia descrita la semejanza del hombre terreno, es preciso que la desterrremos de nuestro corazón, y llevemos la del hombre celestial. Andemos siempre delante de Dios con intención sincera y ánimo humilde, pues solo así seremos perfectos.

<sup>1</sup> Joan. cap. 7, v. 16.

<sup>5</sup> Rom. cap. 15, v. 3.

<sup>2</sup> Joan. cap. 6, v. 38.

<sup>4</sup> Colos. cap. 3, v. 10.

## MÁXIMAS Y EJEMPLO.

La perfeccion cristiana es como aquella escala, que vió Jacob que tocaba de la tierra al cielo, y por la cual subian los ángeles. No volaban para llegar á la cabecera de la escala, sino que andaban paso á paso, y subian de un escalon á otro; lo cual nos demuestra, que hemos de ir elevándonos poco á poco de una mansion á otra en la perfeccion cristiana, hasta abstraernos completamente de las criaturas, y unirnos íntimamente con Dios. Sirvanos de ejemplo, entre muchos millares de santos, la Seráfica Santa Teresa de Jesus, quien, habiendo hecho voto de hacer siempre lo que creyese que era mas perfecto, subió á tal grado de union con Dios, y mereció tanto por su total abnegacion, que tuvo la gloria de que Jesucristo la diera su mano divina, diciéndola: *Desde hoy, como verdadera esposa mia, celarás mi honor.*

## PROPÓSITOS.

¡Ah! En los labios del justo no se encuentra engaño: su sabiduría consiste en no aparentar jamás en el exterior lo que no haya en el corazon, en sufrir las injurias con humildad, y no buscar vengarse de los que le ofenden. Humillémonos, por tanto, cada dia, prometiendo al Señor huir de la hipocresía, vicio tan abominable á los ojos del Señor, que provoca su ira, y endureciendo los corazones, los hace insensibles á la gracia, conduciendo al hipócrita al extre-

mo de morir en la tempestad de innumerables pecados <sup>1</sup>.

## AFECTOS.

O Dios de amor, que salvas á los que andan con ánimo sincero, y favoreces á los corazones rectos, renueva con tu gracia el nuestro, para que caminemos por la senda de tus mandamientos. Muchos son y enormes, ó Dios mio, mis pecados; pero espero que no harás conmigo, segun merezco por ellos, sino segun tus misericordias, que sobrepujan las culpas de todo el mundo <sup>2</sup>.

Padre nuestro, etc., *como el primer dia.*

## DIA XXI.

*Todo se dirá como el primer dia, hasta la siguiente*

## MEDITACION.

JUSTICIA É INTEGRIDAD DEL CORAZON DE JESUS.

PUNTO PRIMERO. Todas las virtudes residen de una manera inefable en el Corazon de Jesus, siendo todas infinitas, por ser virtudes de un Dios. Jesus es el Santo de los santos, la santidad por esencia, y necesariamente posee con igual perfeccion cuanto la constituye, siendo infinitamente misericordioso,

<sup>1</sup> Job. cap. 36. vv. 13. 14.    <sup>2</sup> Div. Aug. Medit. cap. 38.